

to social. ¿Podrá preguntarse todavía lo que hizo? Berramó su alma en el alma de los siglos, dulcificó y cristianó el genio de Francia; podrá ser algunas veces el poeta de las quimeras, pero siempre es el poeta de la caridad. Débele la conciencia una virtud mas, la tolerancia: los tronos una obligacion mas, el amor de los pueblos; las repúblicas una gloria mas, la humanidad. Francia ha tenido genios mas varoniles, pero no ha tenido ninguno tan tierno. Si el genio tuviera sexo, podría decirse que Feneion tuvo la imaginacion de muger para soñar

el cielo y su alma para amar la tierra. Cuando se pronuncia su nombre ó cuando se hojean sus obras todos creen ver su figura; y escuchar la voz de un amigo. ¿Hay alguna gloria que sea mayor en elevacion y solidez á tanto amor?

Si se quisiera hacer su epitafio podrian grabarse en él estas palabras: Hombres tuvo la Francia que la hicieron mas temida ó mas brillante; pero ninguno la hizo tan amada de las naciones

# SÓCRATES.

veinte años el corazon no brota mas que himnos; esta edad teniamos cuando escribimos la muerte de Sócrates.

### III.

**Todo el mundo conoce este nombre, sinónimo de sabiduria; pocos son los que conocen su doctrina; pero nadie conoce su vida, y si solo sus conversaciones y su muerte.**

Sócrates no es un profeta, no es un revelador, ni es el fundador de una religion ó de una secta; no habla á los hombres en nombre de Dios, no les impone ninguna fé, no se envuelve entre los misterios, no promulga oráculos, no hace prodigios: es un hombre, tiene de este hasta sus debilidades y sus dudas. Pero vive bien, habla bien y muere bien; es decir, que cumplió simplemente en toda su humildad y en toda su grandeza, la mision que la Providencia impone á los hombres de la tierra, la de pensar con justicia, vivir honradamente, y morir con esperanza.

Este es Sócrates, la encarnacion mas pura del buen sentido y de la filosofia práctica que la Grecia, su patria, demostró á la antigüedad.

Pocas cosas diremos de su vida, porque para él, vivir fué pensar. Nosotros referiremos aqui sobre todo su muerte, el acto mas hermoso de esta vida; y la referiremos con el lenguaje que debe eternizar las cosas eternas, es decir, con el lenguaje de la poesia. Nuestros lectores encontrarán acaso, cierto deleite imprevisible; pero permitido á la avidez de nuestras relaciones en prosa, en este canto épico y filosófico compuesto por nosotros, en una edad en que el hombre canta antes de raciocinar. A los

Sócrates era de Atenas, capital política, letrada, artistica de aquella Grecia que era entonces sobre todo la capital del espíritu humano. Sócrates era hijo de un pobre escultor, y de una matrona. Se asegura que estas dos profesiones que procuraban el sustento á su familia, le dieron, con las primeras impresiones de su infancia, las primeras vocaciones de su genio: como su padre el escultor, adoraba la belleza, la buscaba y la reproducia en el alma, como el artista la reproducia en la piedra; como su madre ayudaba al hombre á salir á la luz, y le alimentaba con la verdad.

El jóven Sócrates tuvo mas trabajo y mas mérito que otro hombre cualquiera, en el mero hecho de esculpir y pulimentar en si mismo este modelo de la belleza intelectual, que fué la pasion y el trabajo de su vida. La naturaleza no le dió al formarle ninguno de aquellos nobles atractivos corporales de que generalmente están dotados aquellos favoritos de la Providencia, que llevan en sus facciones los signos esterióres de aquella belleza y de aquella virtud que revelan su alma al través del velo de los sentidos. Era pequeño de estatura, de hombros altos y anchos, como los de un hombre destinado para cargar con los trozos de mármol en el taller de su padre; el cuello era ancho y corto, la cabeza redonda y no en forma ovalada, la boca hundida para reir, los labios gruesos para la sensualidad, la nariz informe y levantada de Sileno, los ojos alegres, la frente ruda, prominente. Esta fisonomia,

aunque revelaba soberanamente la inteligencia en su espresion general, anunciaba mas bien los instintos carnales y los apetitos groseros del hombre de trabajo, que las divinas aspiraciones del hombre de pensamiento.

De esta forma inculta, rebelde y pesada debia salir, á fuerza de golpes de cincel, la mas pura belleza moral y la mas inmaterial imágen de la virtud, imágen que nunca habian contemplado los ojos de la Grecia antigua. Esta fué la obra de la vida de Sócrates; él dijo observando los pedazos de piedra modificados por el martillo de su padre: «Puesto que de aqui sale la belleza, yo haré que salga de mí mismo.» él dijo, oyendo referir á su madre los sufrimientos de las madres á quienes habia partearado: «Puesto que el hombre fisico nace en medio de tantos gemidos y de tantos esfuerzos, ni esfuerzos ni gemidos han de costarme hacer que nazca el hombre intelectual y moral ante la verdad y la virtud!»

## IV.

Sócrates escogió el oficio de su padre, y ganó su vida en el taller; pero su padre no habia logrado ser mas que una especie de artesano, y el hijo consiguió ser muy pronto artista: el tipo ideal y esquisito de belleza que poseia en sí mismo, apareció bien pronto bajo su mano en los contornos, en las actitudes, en las caras, mas perfectas que los bosquejos de su padre. Se enseñaba, dice *Jenofonte*, su discípulo y su historiador, un grupo de las tres Gracias, esculpido con tanta felicidad por el joven Sócrates, que este grupo podia soportar, sin mucha inferioridad, la vecindad de las mas divinas estatuas de *Fidias*. Los atenienses decoraron con aquel grupo el pórtico del *Partenon*, obra maestra de arquitectura, que no contenia mas que obras maestras.

Insensiblemente, la exactitud de sus meditaciones, la novedad de sus ideas, la sencillez siempre penetrante, inesperada de sus demostraciones, la vulgaridad de las imágenes ó de las palabras que sacaba de los ejercicios mas usuales de la vida para elevar el alma de sus interlocutores á las mas sublimes concepciones del espíritu, como un joyero se sirve del polvo mas vil para pulimentar el diamante, atrajeron en derredor de Sócrates un círculo de discípulos.

Atenas era una república libre, rica, ociosa, aficionada á las doctrinas, á las controversias, á las sectas, á las verdades, á los sofismas, y aun hasta á las mentiras; su gobierno, que estaba en la plaza pública, no era mas que una perpétua conversacion de los ciudadanos

mismas doctrinas. Elogiaba el bien y se mofaba del mal. Era el terror, el azote de los sofistas, de aquellos charlatanes de la sabiduría; no admitía ninguna de sus afirmaciones por su palabra; pedia razon de todo, y de pregunta en pregunta, embarazándolos en sus respuestas y obligándolos al punto á contradecirse, los entregaba á la risa de sus oyentes, y se retiraba feliz por haber predispuerto el ánimo de sus discípulos contra sus sueños y sus quimeras. Al contrario, lleno de deferencia por los verdaderos sabios, se sentaba como un niño entre los sectarios de *Anaxágoras*. Escuchaba con delicia hablar de los dioses, de la justicia, de las leyes, de la inmortalidad, de la certidumbre de la esperanza. Sócrates salía de sus lecciones penetrado de desprecio por las cosas transitorias, que no son mas que la senda de las cosas eternas. Se consideraba como un viagero que hace alto en el meson de la tierra, pero que no se adhiere á ninguno de los muebles de la hospedería, sabiendo que no le pertenecen, y que al siguiente dia no podrá llevarlos consigo. Descansaba y se purificaba allí, para presentarse despues mas respetuosamente delante de los dioses.

## VI.

Pero Sócrates, no contentándose con perfeccionarse él mismo, se veia poseido de la pasion mas desinteresada y mas divina de perfeccionar á los demas. Empleaba en instruir, en corregir y en edificar á sus conciudadanos de todas las clases, todo el tiempo que podia razonablemente distraer de sus ocupaciones domésticas. Con frecuencia—con razon se lamentaba su muger,—olvidaba las necesidades de su propio hogar por las meditaciones especulativas, en las cuales quedaba como absorto, con la cabeza entre sus manos, por espacio de dias enteros, y por los convenios filosóficos, con cualquiera que le preguntaba algo acerca de la sabiduría.

Atenas era una república libre, rica, ociosa, aficionada á las doctrinas, á las controversias, á las sectas, á las verdades, á los sofismas, y aun hasta á las mentiras; su gobierno, que estaba en la plaza pública, no era mas que una perpétua conversacion de los ciudadanos

entre sí, acerca de la política, las leyes, la religion, la naturaleza y los dioses. En este hermoso clima, donde el hombre vive al sol en los aéreos pórticos de los templos, en los jardines públicos, en los talleres de los artistas, en las tiendas abiertas de los artesanos, en las calles, en las plazas, en los mercados, que eran otras tantas academias y escuelas, donde todos discurrían con todos, y donde el mas elocuente, el mas corruptor ó el mas sabio, quitaba grupos de oyentes á sus rivales. La conversacion perpétua era realmente la primera institucion de Atenas. Reemplazaba á lo que nosotros la prensa periódica desde el descubrimiento de la imprenta, con la diferencia, sin embargo, de que la prensa habla uno por uno á lectores aislados, y no contiene ni el diálogo ni la réplica, mientras que la conversacion al aire libre de Atenas, se convertia en diálogos animados, y reunia en sectas y en escuelas á los ociosos y á los discípulos. Esto fué lo que hizo Sócrates, aunque hablando incesantemente y de todo no escribió nada; sus lecciones fueron diálogos con sus oyentes, y despues de su muerte, sus discípulos *Platon* y *Jenofonte*, escribieron de memoria y bajo esta forma obligada, diálogos, doctrinas que hablan escuchado y apuntado durante la vida de su maestro.

puñado de atenienses, dispersó á los vencedores que llevaban su presa, y recuperó á *Alcibiades* á costa de su sangre.

Atenas, á su regreso, habiéndole concedido el premio del valor, Sócrates, proclamó á *Alcibiades* mas valiente que él, pues que era mas joven y mas bello, y que por lo tanto, esponiendo su vida, esponia mas. En la batalla de *Delio*, en la *Beocia*, los atenienses vencidos estaban á punto de perecer por el error ó por la cobardía de sus generales, caprichosamente nombrados por los demagogos, cuando Sócrates, precipitándose sobre la retaguardia, agrupando en su derredor á los veteranos y haciendo retroceder al enemigo, levantó á otro de sus discípulos, á *Jenofonte*, del campo de batalla, y le condujo sobre sus hombros al campamento.

La paz le devolvió á sus estudios y á sus discípulos. El heroísmo que habia desplegado en el ejército, su desinterés, y hasta la gloria que demostró al volver á tomar su profesion, le designaron á los sufragios de la república, para las grandes magistraturas nombradas por el pueblo. Patentizó en esta ocasion las virtudes de la política, mas raras y mas difíciles que las de la guerra, la justicia, la imparcialidad, la moderacion, la resistencia inflexible á los arranques, á las pasiones, á los furios del pueblo. Los almirantes de Atenas, no habiendo podido, despues de una derrota naval, dar sepultura á los ciudadanos muertos, fueron condenados á un injusto suplicio por el pueblo. Su vida ó su muerte, dependia del voto de Sócrates, el cual presidia entonces el senado. Sus compañeros, aterrados por los gritos y por las armas de la multitud, habian cedido la sangre de los generales por salvar su propia vida; pero Sócrates ofreció la suya al pueblo por salvar á los inocentes. Triunfó de la cólera de Atenas, que no osó violar en él la ley viviente. Pero desde este dia dejó de amarle la multitud, y los demagogos de Atenas no le perdonaron jamás. Su muerte data desde esta negativa en el corazon de sus enemigos.

Sin embargo, Sócrates, que era ante todo un hombre de deber y de buen sentido, no descurrió ninguna de las funciones de la vida civil, del soldado, del ciudadano, del magistrado, del hombre de Estado, bajo pretexto de desden por las cosas del mundo y de contemplacion esclusiva hacia las cosas celestes. Comprendió y quiso demostrar con su ejemplo, que servir á los hombres, es el mejor medio de servir á los dioses, y que la defensa y el gobierno de su patria, son deberes obligatorios del ciudadano libre en la república. Su conciencia, su principal sentido, porque la conciencia es el sentido del deber, era tan justa, tan fuerte y tan infalible en él, que le parecia físicamente una palabra interior que hablaba en su pecho y á la que llamaba de buena fé su oráculo y su genio. Esta conciencia le mandó ser un héroe durante las guerras de su patria, y lo fué.

La calumnia empezó á ser compañera de su nombre, y el poeta *Aristófano*, el *Beaumarchais* de Atenas, divirtió al pueblo á sus espensas con una comedia personal, titulada las *Nubes*. Sócrates en esta comedia, aparece representado á los ojos de la multitud como un visionario, como un hombre que sueña y despierta, suspendido entre el cielo y la tierra y pidiendo oráculos á las *Nubes*, divinidades flotantes é insensibles que le responden en medio de discursos embrollados y ruidosos. Verganza de la rutina contra el pensamiento, y de

El joven *Alcibiades*, habiendo sido hecho prisionero por los enemigos en el sitio de *Potidea*, Sócrates se lanzó en la pelea con un

97

la preocupacion contra la sabiduría. Aristófano, vil adulador de las necedades y de las supersticiones acogidas por la ignorancia del vulgo, suscitaba á la vez la risa y la cólera del pueblo contra el mas sabio de los atenienses: la risa acusaba á Sócrates de querer elevar mas alto que las cabezas de la multitud; la cólera le acusaba de querer buscar en el cielo un dios mas inmaterial, que los dioses vivientes que ella se habia forjado con sus mas abyectas crueldades. Aristófano fué con su conducta el primer asesino de Sócrates. Este Camilo Desmoulins de Atenas, entregando al sabio al ridículo, le entregaba de antemano al verdugo. Cuando se quiere sacrificar una víctima, se comienza siempre por despojarla de su respeto. La rabia del pueblo comienza frecuentemente por las risas de los demagogos.

## X.

Sin embargo, la filosofía no fué el verdadero crimen de Sócrates, sino la política. Se le acusó de impiedad hacia los dioses del país para disfrazar, bajo un pretexto sagrado, el odio que se le tenia por distintas razones.

Dos partidos dividian perpétuamente la república de Atenas: los amigos de una sabia libertad, que tenían por limite y garantía de las leyes justas, y por ciudadanos los mas ilustrados y los mas virtuosos de la república, componian el primero de estos partidos; los anarquistas, los demagogos, los aduladores de la muchedumbre, componian el segundo; este último era el partido que destruía incesantemente á Atenas. Sócrates le aborrecía, y no disfrazaba su desprecio hacia una demagogia ignorante y turbulenta, ni su indignación contra los corruptores de la república. Decía en alta voz que la cabeza debía gobernar los miembros en el Estado como en el cuerpo humano; que la instrucción, la moralidad, la virtud, eran condiciones indispensables á la admision de los ciudadanos en las asambleas públicas y en las magistraturas de la república; que sacar los magistrados á la suerte, era entregar la república á la casualidad; que era menester elegirlos con discernimiento, y despues de las pruebas, prendas de su probidad cívica y de su capacidad. En una palabra, era partidario del sufragio popular en el nombramiento de los hombres investidos con el carácter de funcionarios públicos. Quería, no la aristocracia ciega del rango ó de la riqueza, sino la aristocracia divina y personal de la inteligencia y de la virtud.

Estas opiniones, aunque tan sabias, eran en este momento, tanto mas sospechosas en Atenas, cuanto que la república acababa de romper el yugo de los treinta tiranos, y porque pedir condiciones de superioridad y de ór-

den á un pueblo embriagado con la libertad reconquistada, era casi, á los ojos de los demagogos, aparecer, como que echaban de menos la tiranía. Sócrates habia sostenido sus opiniones aun existiendo el anterior gobierno, y ahora, que estaba destruido, llegó á ser tan odioso para los agitadores del populacho de Atenas, cuanto temible habia habido para los tiranos. Sufria la suerte de todos los hombres justos en todos los siglos, proscritos por los dos excesos, porque su conciencia le prohibía tomar parte en las injusticias. Buscábase un medio para perder á este hombre, cuya moderación ofuscaba por entonces la popularidad de los demagogos, como habia ofendido poco antes la prepotencia de los tiranos.

## XI.

Un tal Anito, rico ciudadano de Atenas, que habia ayudado á la caída de la tiranía, y que por este medio se habia conquistado el favor del pueblo, se esforzaba cobardemente en conservar este favor por medio de las mas viles condescendencias, acogiendo todos los caprichos y todas las preocupaciones de la multitud. La muchedumbre es dada á las supersticiones, porque son el servilismo del entendimiento y las santidades de la ignorancia. Anito y sus amigos resolvieron acusar á Sócrates de blasfemo contra los ídolos, aquellas divinidades de la multitud. Un poeta infame, llamado Melito, en otro tiempo discípulo de Sócrates, á la sazón enemigo suyo, por esa baja envidia que no perdona la gloria porque ellos no pueden alcanzarla, se encargó de la acusacion de impiedad contra su antiguo maestro.

Melito era uno de aquellos hombres que santificaban su odio á los ojos del pueblo, atribuyéndole á un celo devorador por la causa de los dioses. Imprimian hábilmente de este modo á su pasión el carácter divino de su causa; colocaban sus venganzas personales en el rango de las cosas santas. Calumniaban, ultrajaban, denunciaban y castigaban á sus enemigos en nombre del cielo. Los supersticiosos de buena fé, los admiraban y consideraban la persecucion como un acto de piedad.

Este era Melito en Atenas. Había escrito malos libros, pero se habia constituido en vengador del antiguo culto; tenia clientes en el cielo; el pueblo no osaba ya despreciarle, temiendo que despreciaban en él á los dioses.

## XII.

Este jóven acusó á Sócrates, delante de los magistrados, como propagador de creencias

de divinidades estrañas y nuevas en el ánimo de la juventud. La filosofía era sospechosa para el pueblo, porque esparcía luz acerca de los misterios, y porque la luz sola es un atentado contra las tinieblas. Sócrates no quiso defenderse, sin duda porque le hubiera sido necesario mentir. Jamás habia cometido otra impiedad que pensar, y aunque sus pensamientos se elevasen mas allá de los miserables símbolos que entonces adoraba la Grecia, nunca habia insultado al culto de sus conciudadanos, pensando que la adoracion de la divinidad era una cosa tan santa en sí misma, que no habia necesidad de contristarla aun cuando se equivocase de dios. Hasta respetó la condescendencia por el culto legal de su patria, cosa estraña en un filósofo, siguiendo (dice Jenofonte) todos los ritos de la religion popular, y ofreciendo sacrificios á los dioses del Olimpo en el interior de su casa y en los templos. Encontró su conciencia mas entera y mas incorruptible delante de los jueces.

«Si me declarais absuelto, les dijo, á condicion de que deje de filosofar, os responderé sin vacilar: ¡Atenienses! Os honro y os amo, pero obedeceré antes á Dios que á vosotros!»

## XIII.

Los jueces, en número de quinientos cincuenta y seis se dividieron en dos opiniones. Sócrates fué condenado por la mayoría de tres votos por el partido de los demagogos, unido al partido de los fanáticos. La ley de Atenas, en semejante caso, autorizaba al condenado á rescatar su vida por un destierro ó por una multa, la cual tenia que imponerse él mismo reconociéndose culpable. Sócrates se chanceó con la vida y con la muerte. «Atenienses, dijo, con aquella ironía ligera, pero amarga, que constituía la fuerza, pero también el vicio de sus discursos (pues la ironía hiere convenciendo). «¡Atenienses! por haber consagrado mi vida entera al servicio y á la moralizacion de mi patria, me condeno yo mismo á ser alimentado durante el resto de mi vida en el Pritáneo, á espensas de la república.»

Los jueces, que se vieron de tal modo provocados, dictaron la sentencia de muerte por una gran mayoría. «Eso no es un mal, dijo Sócrates despues de haber oido su sentencia; no existe ningun mal para el hombre religioso; ni durante su vida, ni despues de su muerte. Dios no le abandona jamás. Mi muerte es su voluntad. Yo no tengo ningun resentimiento contra este pueblo ni contra estos jueces. Ellos van á vivir y yo voy á morir; solo Dios sabe cual es la mejor suerte, la suya ó la mía.»

## XIV.

La sentencia dictaba que bebiese la cicuta, brebaje emponzoñado que daba la muerte bajo la forma del sueño. La ley prohibía dar muerte á ningun condenado hasta el regreso de una galera que los atenienses enviaban todos los años á la isla de Delos, portadora de tributos al templo de Apolo Delieno. Sócrates pasó estos dias conversando con sus amigos. Vamos á dar ahora el último de estos dias, y la última de aquellas conversaciones conservadas por Platon, en el diálogo del cual en otro tiempo hicimos un poema.

## LA MUERTE DE SÓCRATES.

POEMA FILOSOFICO.

Ved á Febo, radioso, iluminante  
Del Himeto elevándose á las cimas;  
Y alumbrando del templo de Teseo  
La fachada; y de su luz furtiva,  
Ademas de las lóbregas prisiones,  
Del Partenon los muros participan.  
Mirábase bogar hacia el Pireo  
Una popa dorada, do se oían  
Del náutico los himnos sacrosantos,  
Que el viento con las olas repetía.  
Era el bagel, cuyo fatal regreso,  
El término señala de las victimas;  
Pero justa la ley, sabia y severa...  
Indulgentes tambien, no permitía  
Mientras el claro sol luciese en Jonai,  
Despojar á ninguno de la vida,  
Temerosa tal vez, de que los rayos  
Que á las almas vivientes se destinan,  
No fueran profanados ciegamente  
Por ojos que aunque abiertos nada miran  
O acaso, de que el pobre moribundo  
Al dar su último adios, en su agonía,  
Tuviera que llorar la luz celeste  
Que alumbró la carrera de su vida.  
Y por eso sin duda, el desterrado  
Al salir del hogar en que vivía,  
Compañero de lóbregas tinieblas,  
Parte veloz de la natal campiña,  
Porque no le sorprenda en su camino  
La hermosa luz del rutilante día.

Los amigos del triste prisionero  
Recorriendo con alma condolidada